

guerra si así lo creía necesario, ó retirarse al extranjero si juzgaba la guerra sin resultado favorable. No apoyando las circunstancias la anuencia de Juárez, respecto á la idea de reunir el congreso, tanto porque la retirada de los franceses como la protección manifiesta de los norteamericanos le daban alientos de vencedor, sería preciso antes obtener sobre los juaristas algunos triunfos que les hicieran dudar de la supremacía y entrar en conciliaciones.

Resuelto á llevar aun la pesada carga del gobierno, pensaba Maximiliano organizar los diversos ramos de la administración, estableciendo cinco grandes dominios gubernativos; el de Yucatán quedaba al mando del Sr. José Salazar Ibarregui; el general Márquez encargábase de la capital y departamentos de Oriente; el general Méndez de los del Interior; Mejía de las provincias del Noreste y Miramón de las del Noroeste; pero tan solo Mejía y Méndez disponían de cuerpos con fuerza organizada y habituados al mando. Las tropas de la capital seguían á las órdenes de Márquez, y tenía Miramón que levantar las que necesitara.

El tiempo urgía; los juaristas aumentando diariamente se desbordaban por todas partes, y era preciso ponerles un dique que los contuviera; pero en esos momentos todo estaba desorganizado en el Imperio de Maximiliano.

En una carta que dirigió el padre Fischer al coronel Kodolich el 24 de Diciembre de 1866, le encargaba la pronta disolución del cuerpo austro-belga. A la vez se dispuso que el ministro de la guerra se dirigiese á cada uno de los oficiales del Estado Mayor, para saber si querían pasar á servir en el ejército mexicano ó preferían retirarse. Las órdenes de Maximiliano eran terminantes: antes del día 29 de Diciembre todos los oficiales y soldados habían de manifestar su voluntad definitiva, para lo cual el coronel Kodolich se pondría de acuerdo con el ministro de la guerra.

Empeñado Maximiliano en el arreglo del ejército, procuró que se reorganizaran los cazadores. Estos se habían formado con cierta cantidad de soldados y de oficiales franceses, que se enganchaban en el ejército mexicano con autorización del gobierno francés, para que sirvieran de núcleo á la formación de los diez y siete batallones que debían tener un efectivo de cerca de quince mil hombres; á estas tropas habría que añadir diez regimientos de caballería, de los cuales el primero era el de la Emperatriz mandado por el coronel Miguel López. Los extranjeros habían tenido una prima de enganche y prestado juramento de fidelidad al Emperador Maximiliano.

Además de estos batallones medio mexicanos, contaba Maximiliano con algunas tropas puramente europeas, que eran en 15 de Diciembre de 1866, las siguientes: tres compañías de gendarmería, la primera llamada de México, con 280 hombres á las órdenes del joven comandante Tindal; la segunda, de Puebla, con igual número de soldados, al mando del comandante Chenet que algún tiempo estuvo al frente de la contraguerrilla francesa; la tercera compañía que comprendía doscientos hombres, mandada por el comandante Roude, permanecía en Ori-

zaba, y continuaba mandando á toda la gendarmería el teniente coronel Tindal, padre del capitán de la primera compañía. Además, contaba Maximiliano con el regimiento de húsares rojos y hulanos austriacos, en número de setecientos, al mando del coronel Kevenhüller, y el batallón Hammerstein fuerte en ochocientas plazas. El 25 de Diciembre obtuvo autorización del Emperador el general Lamadrid, para formar una compañía de europeos con el nombre de "Granaderos á caballo," que con posterioridad pasaron á los cazadores; el núcleo para formar esta fuerza fué de cien individuos sacados de las compañías de gendarmes de México y Puebla, ya montados y equipados.

Con motivo de la organización de estas fuerzas tuvo Maximiliano frecuentes choques con el Estado Mayor francés, quedando en parte destruidas, no obstante que Maximiliano había empleado todos sus recursos en organizarlas, vendiendo para ello hasta su vajilla de plata. Las legiones belga y austriaca, habían de quedar licenciadas por falta de dinero para los sueldos. Parte de los belgas no habían podido pasar de Monterrey, donde se amotinaron extrañando las dulzuras del hogar y exigieron que se les volviera á Bruselas, petición que se les concedió.

Al terminar el mes de Diciembre (1866) quedaban al Imperio las fuerzas europeas ya indicadas, y aunque tenían completo el número de plazas y parecían sólidamente organizadas, las consideraba insuficientes la opinión pública para luchar contra los republicanos que abundaban en hombres, armas y dinero. Pero el auxilio de los extranjeros que defendían á Maximiliano, le fué quitado con la circular en que Bazaine recordaba la disposición por la cual perdía su calidad de francés todo aquel que hubiese aceptado servir á un gobierno extranjero. Luchó Maximiliano contra estas contrariedades, conociendo que se le quitaban las últimas probabilidades de salvación, y alegó que los soldados enganchados lo habían sido sin consultar á sus gobiernos respectivos, y que eran libres para hacerlo; que aun les faltaban cinco años para cumplir su compromiso y que habían recibido la prima de veinticinco pesos; en cuanto á los oficiales, habían sido autorizados explícitamente por el Mariscal para sostener á Maximiliano.

La mayor parte de las fuerzas que formaban la División Douay, dejaban la capital mexicana en los primeros días de Diciembre, precisamente cuando se anunciaba que Maximiliano estaba próximo á regresar con objeto de concurrir á celebrar la festividad de la Virgen de Guadalupe. Acortándose el término fijado para la definitiva desocupación del territorio mexicano, desocupaba la retaguardia de las fuerzas francesas la ciudad de Lagos el 28 de Diciembre (1866) y se efectuaba desde luego la ocupación de Aguascalientes, Teocaltiche y otras poblaciones inmediatas, por las tropas juaristas. Muchos de los que sirvieron al Imperio se apresuraban á unirse con los republicanos, conducta que fué criticada por D. Florentino Mercado en una carta dirigida al coronel Martínez, en la que le decía: "*que con el pan del Imperio aun en la boca, se presentaban en las filas contrarias para quedar bien; pero no obstante debían ser castigados ejemplarmente.*"

El día 22 abandonaban los franceses la ciudad de San Luis Potosí, escoltando una conducta de seiscientos mil pesos. En cambio el 28 del mismo mes salían de México para el Interior las tropas que violentamente organizaba el general Miramón, quien partió con la última fracción de ellas al finalizar el año.

Bazaine acababa de recibir la orden de concentrar en los Departamentos de Puebla y Veracruz todas las tropas que se preparaban para regresar. La decisión del Emperador francés respecto á la retirada era irrevocable, aun cuando lamentase la sangre derramada y el dinero gastado en la infausta expedición, y sintiera todavía más la pérdida que sufría la influencia francesa en América. En presencia de tan significativa confesión "El Journal" de Orizaba exclamó: "Cuando el Emperador Napoleón III declaraba que la expedición de México sería una de las más brillantes páginas de su reinado, indudablemente llevaba por mira otros resultados que la triste realidad que nos agobia."

El número de trasportes alistados para el regreso de los 22,000 franceses era considerable, principalmente á causa del material de artillería. El gran convoy naval debía salir de Veracruz, á más tardar, en el mes de Marzo, y se dividiría en dos partes; una con dirección á Argel y la otra para el Havre y puertos franceses del Océano. Mr. Montholon recibió despachos del ministro Mr. Moustier, por telégrafo submarino, anunciándole que catorce buques iban á dejar inmediatamente á Brest en el mes de Enero de 1867, con destino á Veracruz, considerando que sería en dicho mes la definitiva evacuación del territorio mexicano.

Desde entonces Maximiliano no podía considerarse sino como corifeo del partido que por todas partes era vencido; sin embargo, se puso á la cabeza de la corta fuerza con que podía contar el Imperio y se resolvió á luchar en condiciones para él muy desventajosas.

La Intervención que había sido tan atrevida en 1862, aparecía con mareada timidez en 1866; estaba espantada de su propia obra; su razón se obscurecía; corría á marchas forzadas hácia Veracruz, abandonando á cada paso todo lo que pudiera oponerse á una retirada violenta. La pólvora era inutilizada, arrojándola al agua en considerables porciones; eran abandonados los obuses y las granadas después de haberlos destruido por orden superior; algunos efectos eran vendidos en lo que se podía, los del hospital de Orizaba lo fueron en 4,400 pesos, aunque solamente el sulfato de quinina que se entregó valía cerca de tres veces esa suma; vendían los caballos á vil precio, así como los arneses, atalajes y aun los furgones que se entregaban casi regalados por el insignificante precio que por ellos se pedía, sucediendo lo mismo con los efectos de vestuario, no obstante que en todo ello se habían invertido sumas considerables. Agregando á estas cuantiosas pérdidas, la de los almacenes del parque, se puede considerar cuan desastroso fué el término de los millones que produjeron los empréstitos gastados en la malhadada expedición.

El tratado de Miramar había quedado reformado con la Convención que se firmó en México el 28 de Septiembre de 1865, en la cual se acordó que el go-

bierno mexicano entregaría al francés, la suma de cuarenta millones de francos para que fuese repartida entre los reclamantes, quedando México libre de toda reclamación respecto á indemnizaciones. Aunque esta reforma no fué bien recibida por el gobierno imperial francés que hacía subir á sesenta millones la suma necesaria para indemnizar á sus nacionales, la aceptó puesto que en el tratado de Miramar solamente se exigían doce millones en títulos del primer empréstito; el resto hasta completar los cuarenta millones debió ser cubierto en títulos del segundo empréstito. (1)

A medida que los franceses cedían terreno, los republicanos avanzaban, se organizaban y creciendo en número llegaban hasta las puertas de la capital del Imperio. Las fuerzas del Sur que acababan de derrotar á una porción de las que mandaba el jefe Ortiz de la Peña, se acercaron á Tlalpam, en los alrededores de México; el cabecilla Piz ocupaba á Apam; en Cuautitlán era batida una fuerza de la legión extranjera y Texcoco estaba sitiado; en Pachuca recibía el jefe Carbajal cuatrocientos fusiles que desde luego envió para el rumbo de Tlaxcala; en toda la sierra de Puebla, principalmente en Zacatlan, se verificaba la leva en grande escala para engrosar las filas de los republicanos, y se sacaban recursos de las contribuciones que se imponían. Tenían estos avances algunas compensaciones, contándose entre ellas la derrota que sufrieron en Chalco los republicanos, por franceses al mando del comandante Billot, aunque á poco reocuparon esa población los jefes Plata y Malo, Aguilar y Roldán. En Huamantla decretaba el general Rodríguez Bocardo contribuciones y hacía confiscar los bienes que pertenecieran á los servidores del Imperio. El coronel Juan C. Bonilla se alistaba para asediar á Perote. Toluca era amagada nuevamente por fuerzas de Zitácuaro, que llegaban hasta Zinacantepec.

En Tecamachalco, pueblo entre Tehuacán y Puebla, caía en poder de una guerrilla de las fuerzas de Figueroa, el ex-visitador de Oaxaca D. Juan P. Franco que iba escoltado por veinticinco hombres; el prisionero fué conducido á la primera de esas dos poblaciones y fusilado. Con motivo del cange de sesenta prisioneros franceses, fueron cambiadas algunas notas entre el Barón Aymard y el general Porfirio Díaz; aquellos recibían haber diario y les fueron designados en Oaxaca alojamientos y señaladas las reglas disciplinarias á que habían de sujetarse, siendo tratados los franceses mejor que los austriacos. Los prisioneros fue-

(1) La comisión de hacienda reunida en México, fijó el monto de la indemnización en cuarenta millones de francos, comprendiendo capital y réditos, debiéndose reducir á esa suma los ciento cincuenta millones á que montaron las mil sesenta y dos reclamaciones presentadas por súbditos franceses. El tesoro francés vendió á un sindicato representado por Mr. Pinard, las obligaciones que poseía del segundo empréstito en virtud del tratado de Miramar. Algunas sumas quedaron al tesoro francés y un año después de haberse retirado de México la Intervención, se dirigieron á la cámara de diputados francesa, los individuos que pedían las indemnizaciones, solicitando el pago de ellas, puesto que el tesoro del Estado conservaba aun algunos millones que les pertenecían; pero entonces, lo mismo que otras veces, el gobierno francés aplazó la ejecución de las medidas que se le proponían.

ron recibidos por el comandante Lastarie entre Tehuacán y Teotitlán. En esos días el coronel Dupin se encargaba de la comandancia militar de Veracruz, dejando su guerrilla al mando del capitán Galliffet, y continuaba la aduana de ese puerto á cargo de los agentes franceses Mrs. Hueit y Rolland, después de la protesta de los empleados mexicanos. A Oaxaca era llamado el general Alejandro García, y al ser evacuada por los imperiales la plaza de Yanhuitlán el 18 de Octubre, se alejaron con las tropas los empleados. Algunos de los que en Oaxaca habían servido al Imperio, tuvieron que exhibir por vía de multa ó préstamo forzoso, cantidades que no bajaran de quinientos pesos, ni excedieran de docé mil, dando entre otros, D. Manuel Fagoaga, cinco mil.

En los Estados del Interior continuaban también creciendo las fuerzas republicanas; uniéronse en Cuerámara con las que mandaba el general Antillón, los cincuenta rurales del distrito de León, al mando de su jefe, y en Irapuato se levantaban trincheras á toda prisa. En esos días llegaban á León las familias emigradas de Durango á la sombra del convoy francés, sufriendo los horrores de la miseria. Ocupaban á Salvatierra las fuerzas de Régules, Echeagaray y Canto.

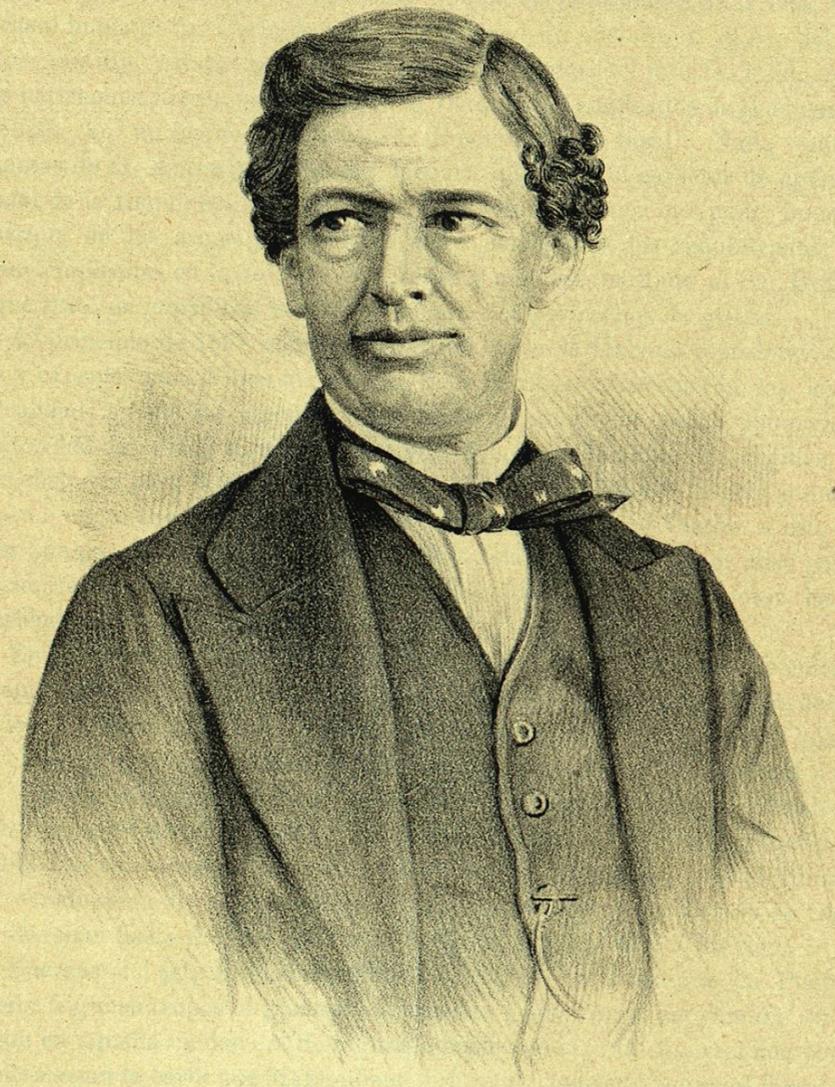
Los juaristas publicaban en Matehuala un Boletín de Noticias, apoyando al gobernador de San Luis D. Juan Bustamante. Apareció en esa hoja el decreto expedido en Chihuahua, dando de baja á todos los militares que habían desconocido el gobierno de la República ó desobedecido sus órdenes.

El Estado de Tabasco seguía contrariando los esfuerzos de los imperialistas de Yucatán y fué ocupada la villa de Palizada por trescientos republicanos tabasqueños. El Comisario imperial designó para batir á los republicanos al coronel Francisco Osorio, quien tomó posesión del gobierno político del Cármen el 16 de Noviembre; decretó el estado de sitio reasumiendo los dos mandos y expidió una proclama en la que llamaba fuerza colecticia á la de Tabasco y aseguraba que nada había que temer de ella.

A la vez el Comisario imperial, queriendo alhagar á los yucatecos, declaraba puerto de altura, escala y cabotaje el de la isla de Mujeres. En Mérida, lo mismo que en Campeche, fué celebrada con entusiasmo la noticia de que Maximiliano continuaba al frente del gobierno, llevada á la segunda de esas poblaciones por el vapor de guerra francés "Brandon," el 4 de Diciembre.

El coronel Daniel Traconis rehusó la comandancia militar de Yucatán, prefiriendo seguir al frente de su batallón en la campaña contra los indígenas sublevados. A la sazón desembarcaba el jefe republicano D. Pablo García, procedente de Tabasco, algunas fuerzas en Champoton, con designio de hostilizar á Campeche que se preparaba para la defensa, según las órdenes del Comisario imperial.

La isla de Cuba enviaba á los imperiales de México, por voluntad de las autoridades superiores de ella, los auxilios que les era posible dar; estimulaban á los periodistas de la Habana para que atacaran al gobierno republicano y pro-



*Don Juan Ortiz Careaga,*

Prefecto Político de Guasajuato en la época del Imperio de Maximiliano de Habsburgo.